

César E. Arroyo

1886-1937

*Gustavo Salazar**



-
- Funcionario de la Embajada del Ecuador en Madrid. Autor de varios ensayos sobre temas literarios.

Escritor y diplomático ecuatoriano. Cónsul en Vigo, Madrid, Santander, México, Marsella, Lima, Ginebra y Cádiz. Director de prestigiosas revistas, entre otras de la madrileña Cervantes, junto con Rafael Casinos Sáenz. Destacado representante de la prosa modernista de su país. Se inició en la poesía, escribió cinco obras de teatro, dos de ellas se representaron en su momento en el Ecuador y una novela, muy acorde con las que circularon por ese entonces en el ámbito de habla hispana. Sin embargo, Arroyo, para lo que verdaderamente está dotado es para la "crónica", -aquel género dúctil y ligero que permite aproximarse a variedad de temas sin rigores pedagógicos, eso sí con la frase muy bien cuidada, o como se referían en aquel entonces "burilada"-mas en el caso específico suyo, añade un lirismo que llega a la apología en cada asunto abordado.

Realizó valiosos aportes de difusión de la cultura ecuatoriana, además de docenas de artículos, con tres volúmenes en los cuales cuidó la edición: Poesías, de José Joaquín de Olmedo (1918), Las mejores prosas, de Juan Montalvo (1919), con prólogo de José María Vargas Vila y Parnaso ecuatoriano, antología de poetas ecuatorianos 1920, título del cual inexplicablemente cedió la mención de responsabilidad a José Brissa.

Colaboró para las más importantes revistas y periódicos de España y

América. Su ferviente hispanofilia le hizo merecedor de la "Orden de Isabel la Católica", por parte de la república española (1932). Autor de: Retablo (1921) con prólogo de Gonzalo Zaldumbide, Iris (1924) con Preliminar de Benjamín Carrión, México en 1935: el presidente Vasconcelos (1929), Galdós (1830), Manuel Ugarte (1931), Catedrales de Francia (1933), Ensayo sobre Lope de Vega (1936), y la póstuma recopilación de estudios biográficos femeninos Siete medallas (1962).

Dejó sin terminar un volumen de estudios agrarios con prólogo de Gabriela Mistral: El libro de la tierra (1928).

"Cesar E. Arroyo es una reserva -la palabra se usa en el sentido forestal- de buena fe, de certidumbre de bien, que en las horas malas beneficia a los que el pesimismo empieza a agarrar". Gabriela Mistral.

Inauguración del busto del escritor en Chiclana de la frontera, Marzo 2003

Estamos aquí reunidos en homenaje a un hombre.

Un hombre vertical, amigo de sus amigos, representante del modernismo intelectual reflejado plenamente en su obra y como liberal; un idealista de inquietud profunda de ayuda al desvalido.

En el corazón de César Emilio, ecuatoriano de ley, desde la época de

estudiante, vibró la inquietud por la investigación lingüística y el dominio del lenguaje, llegando a editar una cartilla de gramática española. Esto le llevó a la necesidad de conocer España y profundizar en sus valores y costumbres.

Terminados sus estudios de derecho, consiguió el doctorado para ejercer de profesor de la Universidad Central de Quito, Ecuador. Se destacó de tal manera que se le ofreció la cartera del Ministerio de Educación y Cultura, pero su deseo de venir a España era tal que consiguió ser nombrado representante para el Centenario de la "Peña", la constitución española de 1812.

Fue así como coincidió contextualmente con Mejía Lequerica, quien 100 años antes ayudó en su elaboración. Los dos ecuatorianos se enamoraron de Cádiz, de su colorido, su alegría, sus gentes y su longevidad, punto de encuentro y cruce de culturas. Los dos están enterrados en este cementerio. Cara y cruz de la vida.

Con el deseo de ser testigo de los grandes cambios europeos de los comienzos del siglo XX, se inclinó por la carrera diplomática, centrándose en el ámbito consular. Representó al Ecuador en: Vigo, Bilbao, Santander, Madrid, México, Marsella, Lima, Ginebra y, por supuesto, Cádiz.

Ese espíritu de observación, propio de ser creativo, le orientó hacia la bohemia, fertilísima en la España de la época. Tuvo la fortuna de relacionarse

con grandes escritores e intelectuales, tanto españoles como hispanoamericanos. Esas reuniones literarias en los cafés despertaron sus raíces de escritor.

Se casó en Madrid con doña Enriqueta de Perera y Blesa, Condesa de Bruc, hija del Ministro Plenipotenciario de España en las Indias Occidentales y tuvieron un hijo único: César Enrique Arroyo.

Su capacidad de análisis del día a día de este comienzo de siglo le motivó a implicarse directamente. Fue considerado por sus contemporáneos como un gran cronista, novelista y destacado biógrafo, gracias a la fluidez de su pluma. Tuvo la oportunidad de ser colaborador y corresponsal en periódicos nacionales y provinciales de toda España y América.

Escribió Catedrales de Francia y fue reconocido por el país hermano como un gran investigador de la arquitectura gótica, distinguiéndole con las prestigiosas "Palmas Académicas".

Por su labor realizada en España, y su estudio biobibliográfico sobre Galdós se le otorgó la "Gran Cruz de Isabel la Católica".

Luchó por la fraternidad de España y América apoyando a escritores noveles a través de la revista Cervantes, al principio como cofundador, y posteriormente ejerciendo la dirección. Este entusiasmo fue reconocido con la "Medalla de Oro" de la Real Academia Hispanoamericana.

Su trabajo como representante de Ecuador le llevó a otros puertos del mundo, pero su interés era siempre regresar a España y especialmente a Cádiz. Así fue condecorado con la "Cruz de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando".

Acababa de cumplir 50 años cuando se conmocionó España. La Guerra Civil rompió el corazón de César. Hombre sensible y apasionado, vio cómo sus más entrañables amigos desaparecieron, o huían, y al poco tiempo nos abandonaría para siempre. Falleció en Cádiz, el mes de junio de 1937. Dicen que murió de tristeza.

Tenía 50 años, edad en la que algunos inician su obra literaria. Él tuvo la suerte de ver su trabajo reseñado en los diccionarios biográficos Larousse y Espasa.

Fue una vida rota y dejó su expresa intención de continuar en esta hermosa "Tacita de Plata".

Este deseo se ha mantenido a través de sus herederos. Su único hijo Enrique, Cónsul General del Ecuador en España, siguió sus pasos y conjuntamente con el Embajador ecuatoriano en Madrid, inmortalizaron la figura de aquel otro gran hombre, Mejía Lequerica, con un busto en su honor en la Plaza España, de Cádiz.

Hoy, los descendientes de César E. Arroyo y sus más íntimos amigos procedemos a la inauguración de este busto en reconocimiento de este hombre de honor.

Cádiz, 28 de marzo de 2003.